

An illustration featuring two hands reaching towards each other against a warm, sunset-like background. The hand on the left is positioned higher and is reaching downwards, while the hand on the right is lower and reaching upwards. The background is a gradient of orange and red, with stylized, soft-edged clouds in shades of yellow and orange. The hands are rendered in a dark brown color with a thin, light-colored outline, giving them a graphic, almost silhouette-like appearance. The overall mood is one of hope, reconciliation, and reaching for something higher.

LA  
RECONCILIACIÓN  
CON DIOS

**D**ios nos diseñó para su gloria en al menos tres sentidos:

1. Para que lo adoremos (Juan 4.23)
2. Para reflejar su carácter (Romanos 8.29)
3. Para disfrutar una relación con Él (1 Juan 1.3).

Aunque el diseño de Dios fue perfecto, el pecado lo arruinó. “El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte” (Romanos 5.12). Por eso el hombre no quiere adorar a Dios, sino a sí mismo (Romanos 1.21-23). Tampoco quiere reflejar el carácter de Dios al mundo, sino su propio carácter (Romanos 5.12), y, tristemente, no busca a Dios para remediar la relación rota (Romanos 3.11). La Biblia nos enseña la dura realidad de que el pecado ha convertido al hombre en un ser egoísta e independiente del Dios que lo creó. ¿Esto tiene solución?

Un conflicto entre cónyuges o conocidos se arregla, en la mayoría de los casos, con una conversación. Por lo regular, una de las dos partes se disculpa por su forma de actuar, por una palabra que dijo, o por un compromiso que no cumplió. Sin embargo, la ruptura entre Dios y nosotros no fue causada por un simple error. Es más,

el compromiso que teníamos de obedecer a Dios no sólo lo rompimos una que otra vez, sino continuamente. No es una exageración cuando Dios nos describe de esta manera: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno... no hay temor de Dios delante de sus ojos” (Romanos 3.12,18). Querido lector, la ruptura causada por nuestro pecado necesita una solución de un nivel mucho más alto y completo que un simple “lo siento”.

La única solución para este problema es la reconciliación que Dios nos ofrece. Esta reconciliación se encuentra en el Evangelio, que significa “buenas noticias”. La buena noticia de la muerte y resurrección de Cristo es que, entre muchas otras bendiciones, provee la reconciliación entre Dios y nosotros, los enemigos de Dios.

Es por esta obra de Cristo que la causa principal de la separación (nuestro pecado) es pagada y cancelada. “Al que no conoció pecado (Cristo), por nosotros (Dios) lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5.21). El pecado que separa al hombre de Dios fue juzgado en la cruz de Cristo (Isaías 53.6) y todo hombre que cree en Él recibe el beneficio de esa cancelación. “Dios es-

taba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5.19). Por lo tanto, todo aquel que cree en Cristo es reconciliado con Dios, “y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Romanos 5.11).

Pero ¿cuál es el propósito de esta reconciliación? ¿Tiene sentido arreglar una relación sólo para arruinarla de nuevo una y otra vez? Al contrario, Dios no sólo quiere reconciliarnos y luego dejarnos solos, sino que también quiere transformarnos para que reflejemos su carácter en nuestras vidas y lo adoremos. Gracias a la obra de Cristo, Dios lleva al creyente del conflicto a la comunión, de la enemistad a la paz y de la separación a la reconciliación.

Jonatán Seed



**Publicaciones Pescadores**  
[publicacionespescadores@gmail.com](mailto:publicacionespescadores@gmail.com)